HISTORIA DEL Análisis económico

JOSEPH A. SCHUMPETER

PRÓLOGO DE FABIAN ESTAPÉ

Ariel ECONOMÍA

JOSEPH A. SCHUMPETER

Prólogo de
FABIAN ESTAPÉ

HISTORIA DEL ANÁLISIS ECONÓMICO

Publicada sobre la base del manuscrito por
ELIZABETH BOODY SCHUMPETER

Versión epañola a cargo de
MANUEL SACRISTÁN
con la colaboración de
JOSÉ A. GARCÍA DURÁN y NARCÍS SERRA

Ariel ECONOMÍA

NOTA SOBRA LA TRADUCCIÓN

Manuel Sacristán ha traducido íntegramente el texto. José Antonio García Durán y Narcís Serra han leído, criticado y discutido toda la traducción a medida que ésta avanzaba. En la discusión, García Durán y Serran han representado principalmente los derechos del lexico técnico de los economistas, y Sacristán los derechos de la lengua castellana común. Los tres tienen la esperanza de que el resultado sea —o llegue a ser, con la ayuda de los lectores críticos que quieran prestarla— algo más que un compromiso.

Título de la edición original publicada en 1954
por Oxford University Press, Inc.:
History of Economics Analysis

Bibliografía en lengua castellana
preparada por Jorge Pascual Escutia

1.ª edición en esta presentación: febrero de 2015

1.ª edición (col. Obras Básicas): 1971

© Harvard University Press, Cambridge, Mass. (USA)
Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo y propiedad de la traducción:
© 1971 y 2015: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-1947-6

Depósito legal: B. 904 - 2015
Impreso en España por
Huertas Industrias Gráficas

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está califi cado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo
y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedadintelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográfi cos) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

Introducción a la tercera edición VII

Nota introductoria, por Elizabeth Boody Schumpeter 9

Parte I

INTRODUCCIÓN
Alcance y método

Capítulo 1. — Introducción y plan 37

1. Plan del libro, 37.
2. ¿Por qué se estudia la historia de la Economía?, 38.
3. Pero ¿es la Economía una ciencia?, 41.

Capítulo 2. — Interludio I: Las técnicas del análisis económico 47

1. Historia económica, 47.
2. Estadística, 49.
3. «Teoría», 49.
4. Sociología económica, 56.
5. Economía política, 57.
6. Campos aplicados, 59.

Capítulo 3. — Interludio II: Desarrollos contemporáneos en otras ciencias 61

1. Economía y sociología, 61
2. Lógica y psicología, 63.
3. Economía y filosofía, 64.

Capítulo 4. — La sociología de la economía 69

1. ¿Es la historia de la economía una historia de ideologías?, 70.
   (a) Naturaleza especial de las «leyes económicas», 70.
   (b) La exposición marxiana de la tendencia ideológica, 71.
   (c) ¿En qué difiere una historia del análisis económico de una historia de los sistemas de economía política y de una historia del pensamiento económico?, 74.
   (d) El proceso científico: visión y reglas de procedimiento, 77.

Parte II

DESDE LOS COMIENZOS HASTA LA PRIMERA SITUACIÓN CLÁSICA (Hasta 1790 aproximadamente)

Capítulo 1. — La ciencia económica grecorromana 87

1. Plan de esta parte, 87.
2. Desde los comienzos hasta Platón, 89.
3. El logro analítico de Aristóteles, 93.
4. Sobre los orígenes del estado, de la propiedad privada y de la esclavitud, 95.
5. La economía «pura» de Aristóteles, 96.
   (a) Valor, 97.
   (b) Dinero, 99.
   (c) Interés, 101.
6. La filosofía griega, 102.
7. La aportación de los romanos, 104.
   (a) Carencia de trabajo analítico, 104.
   (b) Importancia del derecho romano, 105.
   (c) Obras de agricultura, 108.
8. El pensamiento cristiano primitivo, 109.

Capítulo 2. — Los doctores escolásticos y los filósofos del derecho natural 111

1. El gran hiato, 111.
2. Feudalismo y escolástica, 112.
3. Escolástica y capitalismo, 116.
4. Sociología y economía escolásticas, 121.
   (a) Del siglo IX a finales del siglo XII, 122.
   (b) El siglo XIII, 125.
   (c) Del siglo XIV al XVII, 133.
5. El concepto de ley natural, 146.
   (a) El concepto ético-jurídico, 147.
   (b) El concepto analítico, 150.
   (c) Ley natural y racionalismo sociológico, 152.
6. Los filósofos del derecho natural: análisis iusnaturalistas en el siglo XVII, 155.
   (a) La escolástica protestante, o laica, 155.
   (b) Matemática y física, 158.
   (c) Sociología económica y política, 159.
   (d) Aportación a la economía, 162.
7. Los filósofos del derecho natural: análisis iusnaturalistas en el siglo XVIII y en épocas posteriores, 162.
   (a) La ciencia de la naturaleza humana: psicologismo, 163.
   (b) Estética y ética analíticas, 166.
   (c) El interés propio, el bien común y el utilitarismo, 170.
   (d) La sociología histórica, 175.
   (e) Los enciclopedistas, 177.
   (f) Los autores semi-socialistas, 179.
   (g) La filosofía moral, 181.

CAPÍTULO 3. — POLÍTICOS Y PANFLETISTAS 184

1. Más hechos de historia social, 184.
   (a) Factores incidentales del nacimiento de los estados nacionales, 185.
   (b) Por qué fueron agresivos los estados nacionales, 187.
   (c) Influencia de circunstancias especiales en la literatura de la época, 190.
2. La literatura económica de la época, 197.
   (a) Material no considerado, 197.
   (b) Los políticos, 201.
   (c) Los panfletistas, 202.
3. Sistemas del siglo XVI, 203.
   (a) La obra de Carafa, 204.
   (b) Logros representativos: Bodin y Botero, 206.
   (c) España e Inglaterra, 207.
4. Los sistemas del período 1600-1776, 209.
   (a) Representantes de los primeros estudios, 209.
   (b) Justi: el estado-providencia, 212.
   (c) Francia e Inglaterra, 215.
   (d) Buena calidad de la aportación italiana, 218.
   (e) Adam Smith y la *Riqueza de las Naciones*, 223.
5. Cuasi-sistemas, 237.
6. Otra vez la hacienda pública, 242.
7. Nota sobre las utopías, 249.

CAPÍTULO 4. — LOS ECONÓMETRAS Y TURGOT 252

1. Aritmética política, 252.
2. Boisguillebert y Cantillon, 258.
3. Los fisiócratas, 267.
   (a) Quesnay y sus discípulos, 267.
   (b) Derecho natural, agricultura, *laissez-faire* e *impôt unique*, 272.
   (c) El análisis económico de Quesnay, 276.
   (d) El *Tableau Économique*, 283.
4. Turgot, 288.

CAPÍTULO 5. — POBLACIÓN, RENDIMIENTOS, SALARIOS Y OCUPACIÓN 295

1. El principio de la población, 295.
   (a) La actitud poblacionista, 296.
   (b) Aumento del conocimiento factual, 298.
   (c) Aparición del principio «malthusiano», 299.
2. Rendimientos crecientes, rendimientos decrecientes y teoría de la renta, 303.
   (a) Rendimientos crecientes, 303.
   (b) Rendimientos decrecientes: Steuart y Turgot, 305.
   (c) Rendimientos históricamente crecientes, 307.
   (d) La renta de la tierra, 309.
3. Salarios, 311.
4. El desempleo y el «estado del pobre», 316.

CAPÍTULO 6. — VALOR Y DINERO 323

1. Análisis real y análisis monetario, 323.
   (a) Relación entre el análisis monetario y el análisis agregativo o macroanálisis, 325.
   (b) El análisis monetario y las opiniones acerca del gasto y el ahorro, 327.
   (c) Interludio de análisis monetario (1600-1760): Becher, Boisguillebert y Quesnay, 330.
   (d) Carestía y abundancia frente a baratura y abundancia, 333.
2. Investigación básica, 336.
   (a) Metalismo y nominalismo teóricos y prácticos, 336.
   (b) El metalismo teórico en los siglos XVII y XVIII, 337.
   (c) Supervivencia de la tradición antimetalista, 341.
3. Digresión acerca del valor, 348.
   (a) La paradoja del valor: Galiani, 849.
   (b) La hipótesis de Bernoulli, 351.
   (c) La teoría del mecanismo de la formación de precios, 354.
   (d) La codificación de la teoría del valor y del precio en el *Wealth of Nations*, 356.
4. La teoría cuantitativa, 360.
   (a) La explicación de la revolución de los precios por Bodin, 361.
   (b) Implicaciones del teorema de la cantidad, 362.
5. Crédito y banca, 367.
   (a) El crédito y el concepto de velocidad: Cantillon, 368.
   (b) John Law, precursor de la idea de moneda dirigida, 371.
6. Capital, ahorro, inversión, 373.
7. Interés, 378.
   (a) Influencia de los doctores escolásticos, 379.
   (b) Barbon: «El interés es la renta del capital», 380.
   (c) El trabajo analítico deja el tema del interés por el del beneficio, 382.
   (d) El gran logro de Turgot, 383.

CAPÍTULO 7. — LA LITERATURA «MERCANTILISTA» 386

1. Interpretación de la literatura «mercantilista», 386.
2. Monopolio exportador, 389.
3. Control de los cambios, 392.
4. La balanza comercial, 397.
   (a) El argumento práctico: política de poder, 398.
   (b) La aportación analítica, 399.
   (c) El concepto de balanza comercial como instrumento analítico, 404.
   (d) Serra, Malynes, Misselden, Mun, 405.
   (e) Tres proposiciones erróneas, 411.
5. Progreso analítico desde el último cuarto del siglo XVII: de Josiah, Child a Adam Smith, 415.
   (a) Concepto de mecanismo automático, 417.
   (b) Fundamentos de una teoría general del comercio internacional, 420.
   (c) La tendencia general hacia un comercio más libre, 423.
   (d) Beneficios obtenidos de la división territorial del trabajo, 426.

Parte III

DE 1790 A 1870

Capítulo 1. — Introducción y plan 433

1. Temática y alcance, 433.
2. Paraphernalia, 434.
3. Plan de la parte, 437.
4. Sobre el sistema marxista, 438.

Capítulo 2. — Trasfondo político-social 448

1. Desarrollo económico, 451.
2. Librecambio y relaciones internacionales, 452.
3. Política interior y *Sozialpolitik*, 455.
4. La hacienda de Gladstone, 458.
5. El oro, 461

Capítulo 3. — El marco intelectual 463

1. El *Zeitgeist* del período y su filosofía, 463.
   (a) Utilitarismo, 463.
   (b) Filosofía alemana, 467.
   (c) Positivismo comtiano, 471.
2. Romanticismo e historiografía, 474.
   (a) Romanticismo, 475.
   (b) Historiografía, 481.
3. Sociología y ciencia política: doctrina del medio ambiente, 484.
   (a) La sociología iusnaturalista del estado y de la política, 485.
   (b) La sociología histórica del estado y de la política, 488.
   (c) La doctrina del medio ambiente, 491.
4. Evolucionismo, 492.
   (a) El evolucionismo filosófico, 493.
   (b) El evolucionismo marxista, 495.
   (c) El evolucionismo histórico, 499.
   (d) El evolucionismo intelectualista de Condorcet y Comte, 500.
   (e) El evolucionismo darwinista, 501.
5. Psicología y lógica, 503.
   (a) Psicología asociacionista y evolucionista, 504.
   (b) Lógica, epistemología y campos afines, 505.
   (c) La *Lógica* de J. S. Mill, 507.
6. El socialismo pre-marxista, 510.
   (a) El socialismo asociativo, 512.
   (b) El anarquismo, 515.
   (c) El socialismo saint-simonista, 518.

Capítulo 4. — Revista de las tropas 522

1. Los que escribieron por encima de su época, 522.
2. Los ricardianos, 529.
3. Malthus, Senior y algunos otros concurrentes, 540.

(a) Malthus, 540.
(b) El arzobispo Whately y el profesor Senior, 543.
(c) Algunos otros concurrentes, 546.
4. Francia, 551.
5. Alemania, 562.
6. Italia, 571.
7. Estados Unidos, 575.
8. Trabajo factual, 581.
(a) La *History of Prices* de Tooke, 581.
(b) Recopilación e interpretación de materiales estadísticos, 583.
(c) Desarrollo de métodos estadísticos, 586.

CAPÍTULO 5. — ECONOMÍA GENERAL: CORTE TRANSVERSAL 589

1. J. S. Mill y sus *Principles*. Fawcett y Cairnes, 589.
2. Alcance y método: lo que los economistas creían hacer, 596.
(a) Definiciones de la ciencia, 597.
(b) Metodología, 599.
(c) La ciencia y el arte, 603.
3. Qué obtenían en realidad los lectores de Mill, 604.
4. El marco institucional del proceso económico, 606.
(a) Las instituciones de la sociedad capitalista, 606.
(b) El estado en la economía «clásica», 611.
(c) La nación y las clases, 613.
5. El esquema «clásico» del proceso económico, 617.
(a) Los actores, 618.
(b) Los agentes, 621.
(c) El modelo, 626.
6. La concepción «clásica» del desarrollo económico, 635.

CAPÍTULO 6. — ECONOMÍA GENERAL: TEORÍA PURA 640

1. Axiomática. Los cuatro postulados de Senior, 640.
(a) El primer postulado, 641.
(b) El segundo postulado: principio de la población, 643.
(c) El cuarto postulado: rendimientos decrecientes, 650.
2. Valor, 654.
(a) Ricardo y Marx, 656.
(b) La oposición a la teoría del valor-cantidad de trabajo, 665.
(c) La estación intermedia de J. S. Mill, 669.
3. La teoría de los valores internacionales, 671.
4. La ley de los mercados de Say, 682.
5. Capital, 692.
(a) Disputas de léxico sobre la riqueza y la renta, 693.
(b) La estructura del capital físico, 699.
(c) Las aportaciones de Senior, 706.
(d) Las proposiciones básicas de J. S. Mill sobre el capital, 708.
6. Las participaciones relativas, 713.
(a) Beneficios, 714.
(b) La teoría marxiana del interés como explotación, 716.
(c) Marx, West y Ricardo sobre la disminución de la tasa de beneficio, 720.
(d) Las teorías del interés basadas en la productividad, 724.

(e) La teoría del interés basada en la abstinencia, 728.
(f) La doctrina del fondo de salarios como precursora del moderno análisis agregativo, 732.
(g) Renta de la tierra, 741.
(h) Participaciones relativas y progreso tecnológico, 749.

Capítulo 7. — Moneda, crédito y ciclos 758
1. Los problemas de Inglaterra, 758.
(a) La inflación de guerra, 1793-1815, 760.
(b) La cuestión del patrón, 763.
(c) La reforma bancaria, 764.
2. Cuestiones fundamentales, 769.
3. Frutos sueltos de las discusiones sobre inflación y restauración del patrón oro, 777.
4. Teoría del crédito, 788.
(a) Crédito, precios, interés y ahorro forzoso, 790.
(b) Frutos de la controversia sobre la ley de Peel de 1844, 796.
5. El intercambio exterior y los movimientos internacionales del oro, 803.
6. «El» ciclo económico, 810.

Parte IV

DE 1870 A 1914 (Y POSTERIORMENTE)

Capítulo 1. — Introducción y plan 827

1. Alcance, 827.
2. Paraphernalia, 828.
3. Plan de esta parte, 832.

Capítulo 2. — Trasfondo y estructuras. 834

1. Desarrollo económico, 834.
2. La derrota del liberalismo, 836.
3. Políticas, 841.
(a) Librecambio y política internacional, 841.
(b) Política interior y *Sozialpolitik*, 843.
(c) Política fiscal, 844.
(d) Dinero, 845.
4. El arte y el pensamiento, 847.
(a) La civilización burguesa y su recalcitrante prole, 847.
(b) La civilización burguesa y su filosofía, 848.

Capítulo 3. — Algunos desarrollos de campos limítrofes 857

1. Historia, 857.
2. Sociología, 859.
(a) Sociología histórica, 862.
(b) Sociología prehistórico-etnológica, 862.
(c) Escuelas biológicas, 864.
(d) Sociología autónoma, 868.

3. Psicología, 872.
   (a) Psicología experimental, 872.
   (b) Conductismo, 874.
   (c) Psicología de la forma, 874.
   (d) Psicología freudiana, 875.
   (e) Psicología social, 875.

CAPÍTULO 4. — LA *SOZIALPOLITIK* Y EL MÉTODO HISTÓRICO 877

1. La *Sozialpolitik*, 877.
   (a) Influencia en el análisis, 878.
   (b) El *Verein für Sozialpolitik*, 880.
   (c) El problema de los «juicios de valor», 882.
2. El historicismo, 884.
   (a) La escuela histórica «antigua», 886.
   (b) La escuela histórica «nueva», 886.
   (c) El *Methodenstreit*, 891.
   (d) La escuela histórica «novísima»: Spiethoff, Sombart y M. Weber, 893.
   (e) La historia económica y la economía histórica en Inglaterra, 899.

CAPÍTULO 5. — LA ECONOMÍA GENERAL DEL PERÍODO: LOS HOMBRES Y LOS GRUPOS 903

1. Jevons, Menger, Walras, 903.
2. Inglaterra: La era marshalliana, 908.
   (a) Edgeworth, Wicksteed, Bowley, Cannan y Hobson, 908.
   (b) Marshall y su escuela, 912.
3. Francia, 919.
4. Alemania y Austria, 922.
   (a) La escuela austríaca o vienesa, 923.
   (b) El consejo de ancianos, 930.
   (c) Las figuras representativas, 930.
5. Italia, 935.
   (a) El consejo de ancianos, 936.
   (b) Pantaleoni, 937.
   (c) Pareto, 938.
6. Los Países Bajos y los países escandinavos, 942.
7. Los Estados Unidos, 944.
   (a) Los roturadores, 946.
   (b) Clark, Fisher y Taussig, 949.
   (c) Algunas figuras destacadas más, 954.
8. Los marxistas, 959.
   (a) El marxismo en Alemania, 961.
   (b) El revisionismo y el nuevo florecimiento marxista, 964.

CAPÍTULO 6. — ECONOMÍA GENERAL: CARÁCTER Y CONTENIDO 968

1. Avanzadillas, 968.
   (a) El marco sociológico de la economía general, 968.
   (b) Población, 971.
2. Visión, empresa y capital, 973.
   (a) Visión, 974.
   (b) Empresa, 975.
   (c) Capital, 980.

3. La revolución de la teoría del valor y la distribución, 993.
   (a) La teoría del valor de cambio, 994.
   (b) Coste, producción, distribución, 996.
   (c) Interdependencia y equilibrio, 1002.
4. Las actitudes de Marshall y el coste real, 1004.
5. Interés, renta de la tierra, salarios, 1009.
   (a) Interés, 1009.
   (b) Renta de la tierra, 1017.
   (c) Salarios, 1024.
6. Aportaciones de las disciplinas aplicadas, 1030.
   (a) Comercio internacional [sólo el rótulo; sección no escrita], 1031.
   (b) Hacienda pública [sección inacabada], 1031.
   (c) Economía del trabajo, 1032.
   (d) Agricultura [sólo el rótulo; sección no escrita], 1034.
   (e) Ferrocarriles, servicios públicos, «trusts», cárteles, 1034.

CAPÍTULO 7. — EL ANÁLISIS DEL EQUILIBRIO 1037

1. La unidad fundamental de la teoría económica del período, 1038.
2. Cournot y la «escuela matemática»: econometría, 1040.
   (a) El servicio prestado por la matemática a la teoría económica, 1041.
   (b) La aportación de Cournot, 1044.
3. El concepto de equilibrio, 1049.
   (a) Estática y dinámica; el estado estacionario, evolución, 1049.
   (b) Determinación, equilibrio y estabilidad, 1054.
4. La hipótesis de la competición y la teoría del monopolio, 1058.
   (a) La hipótesis de la competición, 1060.
   (b) La teoría del monopolio, 1062.
   (c) Oligopolio y monopolio bilateral, 1066.
5. La teoría de la planificación y de la economía socialista, 1072.
6. El análisis parcial, 1077.
   (a) La curva marshalliana de la demanda, 1079.
   (b) Conceptos de elasticidad, 1080.
   (c) Conceptos útiles para el análisis general, 1082.
7. La teoría walrasiana del equilibrio general, 1086.
   (a) La conceptualización de Walras, 1088.
   (b) La teoría del cambio, 1091.
   (c) Determinación y estabilidad del intercambio simple, 1092.
   (d) La teoría walrasiana de la producción, 1098.
   (e) Introducción de la formación de capital y del dinero, 1104.
8. La función de producción, 1115.
   (a) Sentido del concepto, 1116.
   (b) Evolución del concepto, 1121.
   (c) Hipótesis de la homogeneidad de primer orden, 1129.
   (d) Rendimientos crecientes y equilibrio, 1135.
   (e) Tendencia a beneficios cero, 1139.

APÉNDICE AL CAPÍTULO 7. — NOTA SOBRE LA TEORÍA DE LA UTILIDAD 1144

1. Los primeros desarrollos, 1145.
2. Comienzos del desarrollo moderno, 1146.
3. Vinculación con el utilitarismo, 1147.
4. La psicología y la teoría de la utilidad, 1149.

5. Utilidad cardinal, 1151.
6. Utilidad ordinal, 1153.
7. El postulado de consistencia, 1158.
8. La economía del bienestar, 1161.

Capítulo 8. — Moneda, crédito y ciclos . . . . . .

1. Problemas prácticos, 1166.
   (a) El patrón oro, 1167.
   (b) Bimetalismo, 1168.
   (c) Cooperación monetaria internacional, 1168.
   (d) Estabilización y control monetario, 1169.
2. Investigación analítica, 1172.
   (a) Walras, 1174.
   (b) Marshall, 1175.
   (c) Wicksell, 1177.
   (d) Los austríacos, 1178.
3. Cuestiones de fundamentos, 1179.
   (a) Naturaleza y funciones del dinero, 1179.
   (b) La *Teoría estatal del dinero* de Knapp, 1183.
4. El valor del dinero: planteamiento de los números-índice, 1184.
   (a) Primeras investigaciones antiguas, 1185.
   (b) La función de los teóricos de la economía, 1185.
   (c) Haberler, Divisia y Keynes, 1187.
5. El valor del dinero: la ecuación del cambio y el «planteamiento cuantitativo», 1188.
   (a) Definición de los conceptos, 1189.
   (b) Distinción entre la ecuación de cambio y la teoría cuantitativa, 1192.
   (c) La paridad del poder de compra y el mecanismo de pagos internacionales, 1199.
6. El valor del dinero: el planteamiento basado en los saldos líquidos y el planteamiento basado en la renta, 1202.
   (a) El planteamiento basado en los saldos líquidos, 1202.
   (b) El planteamiento basado en la renta, 1203.
7. El crédito bancario y la «creación» de depósitos, 1204.
8. Crisis y ciclos: las teorías monetarias, 1211.
9. Análisis no monetario del ciclo, 1217.
   (a) Los logros de Juglar, 1218.
   (b) Elementos comunes y «teorías» discrepantes, 1220.
   (c) Otros puntos de vista, 1228.

Parte V

CONCLUSIÓN: ESQUEMA DE LOS DESARROLLOS MODERNOS

Capítulo 1. — Introducción y plan . . . . . .

1. Plan de esta parte, 1235.
2. El progreso de la economía teórica durante los últimos veinticinco años, 1236.
   (a) Lección introductoria sobre el objetivo de este curso, 1236.
   (b) El sistema de Marshall-Wicksell y su desarrollo, 1238.

(c) Dinámica económica, 1238.
(d) Análisis de la renta, 1239.
(e) Resumen del curso, 1240.
3. Trasfondo y estructuras, 1241.

Capítulo 2. — Desarrollos entroncados con el aparato de Marshall y Wicksell 1244

1. La teoría moderna del comportamiento del consumidor y la «nueva» teoría de la producción, 1244.
2. Teoría de la empresa individual y de la competición monopolista, 1245.

Capítulo 3. — La ciencia económica en los países «totalitarios» 1249

1. Alemania, 1250.
2. Italia, 1252.
3. Rusia, 1253.

Capítulo 4. — La dinámica y la investigación del ciclo económico 1256

1. Dinamización de la teoría agregativa: macrodinámica, 1257.
2. El complemento estadístico: la econometría, 1258.
3. La interacción de la macrodinámica con la investigación del ciclo económico, 1260.

Capítulo 5. — Keynes y la macroeconomía moderna 1266

1. Comentarios a los aspectos generales de la obra de Keynes, 1267.
2. El aparato analítico de la *General Theory*, 1271.
3. El impacto del mensaje keynesiano, 1276.

Apéndice del editor 1281
Lista de los libros frecuentemente citados 1303
Bibliografía traducida al castellano 1307
Índice de autores 1321
Índice analítico de materias. 1343

Capítulo 1

[INTRODUCCIÓN Y PLAN]

1. Plan del libro 37
2. ¿Por qué se estudia la historia de la Economía? 38
3. Pero ¿es la Economía una ciencia? 41

1. Plan del libro

Entiendo por historia del análisis económico la historia de los esfuerzos intelectuales realizados por los hombres para *entender* los fenómenos económicos, o bien —redundando en lo mismo— la historia de los aspectos analíticos o científicos del pensamiento económico. La Parte II de este libro describirá la historia de esos esfuerzos desde los primeros comienzos discernibles hasta los últimos dos o tres decenios del siglo XVIII inclusive. La Parte III recorrerá el período que, muy groseramente, se puede llamar de los «clásicos» ingleses, hasta comienzos de la década de 1870. La Parte IV presentará una exposición de los avatares de la economía científica o analítica desde finales del período clásico (por decirlo también muy groseramente) hasta la primera guerra mundial, aunque, por razones de conveniencia, la historia de algunos temas se continuará hasta los tiempos presentes. Esas tres partes constituyen el tronco del libro y contienen también el grueso de la investigación puesta a su servicio. La Parte V es un mero esbozo de los desarrollos modernos, algo aligerado por las anticipaciones contenidas en la Parte IV, a las que se acaba de hacer referencia; su aspiración es simplemente ayudar al lector a entender cómo el trabajo moderno se enlaza con el del pasado.

Al enfrentarnos con la ingente tarea que se ha emprendido —más que consumado— en este libro nos damos inmediatamente cuenta de un hecho turbador. Por muchos que sean los problemas que, como trampa para el incauto, están al acecho bajo la superficie de la historia de la ciencia, el historiador de ésta está por lo común lo suficientemente seguro de su tema en el resto de la problemática como para poder emprender acertadamente su camino. Ésa no es la situación en nuestro caso. Aquí se encuentran «envueltas en humo» ya las meras ideas de análisis económico, de esfuerzo intelectual, de ciencia, y los principios mismos o las reglas que habrían de guiar la pluma del historiador están sometidos a duda y —cosa aún peor— a equívoco. Por eso se antepondrá a las Partes II-V una Parte I, destinada a exponer, tan extensamente cuanto lo permita el espacio, mis opiniones acerca de la naturaleza de mi tema, así como algunos de los dispositivos conceptuales que me propongo utilizar. También he creído necesario incluir unos cuantos temas que pertenecen a la sociología de la ciencia, a la teoría de la ciencia considerada como fenómeno social. Pero nótese que esos temas se incluyen para ofrecer alguna información acerca de los principios que me dispongo a adoptar, o acerca de la atmósfera intelectual de este libro. Aunque daré razones para justificar mi adopción de ellos, no es posible asentarlos firmemente aquí. Su función consiste mera-

mente en facilitar la comprensión de lo que he intentado hacer y en permitir al lector que dé tranquilamente de lado a este libro si la atmósfera intelectual indicada no resulta de su gusto.

2. ¿Por qué se estudia la historia de la Economía?

¿Y por qué se estudia la historia de *cualquier* ciencia? Pues se podría pensar que el trabajo corriente bastara para conservar la parte del trabajo de generaciones anteriores que siguiera siendo útil. Presumiblemente, los conceptos, los métodos y los resultados que no se conservan de ese modo no merecen mayor atención. ¿Por qué, pues, retroceder a viejos autores y volver a considerar opiniones anacrónicas? ¿No se pueden dejar esos materiales antiguos al cuidado de unos pocos especialistas que sientan por ellos desinteresada afición?

Mucho se puede decir en favor de esa actitud. Es sin duda mejor arrinconar modos de pensar ya desgastados que aferrarse a ellos indefinidamente. Pero, de todos modos, las visitas al cuarto trastero pueden ser beneficiosas, siempre que uno no se quede en él demasiado tiempo. En tres capítulos se pueden disponer las ganancias esperables de esas visitas: ventajas pedagógicas, nuevas ideas y comprensión de los modos de proceder del espíritu humano. Las consideraremos sucesivamente, primero sin ninguna alusión particular a la economía; luego añadiremos, como cuarto capítulo, algunas razones que permiten creer que en la economía hay aún más motivo que en otros campos para el estudio de la historia del trabajo analítico.

Empecemos, pues, por decir que los profesores o los estudiantes adeptos de la tesis de que todo lo que necesitan es disponer del tratado más reciente descubrirán pronto que se están dificultando las cosas innecesariamente. A menos que el tratado reciente mismo presente un mínimo de aspectos históricos, se difundirá entre los estudiantes, o al menos entre una mayoría de ellos, la sensación de *falta de orientación y de sentido*, por muy correcto, original, riguroso y elegante que sea el libro. Eso se debe a que en cualquier campo científico los problemas tratados y los métodos en uso en un momento dado contienen los logros y cargan también con los escombros del trabajo realizado en otro tiempo y en condiciones del todo diferentes. No es posible captar la importancia y la validez de problemas y métodos sin conocer los anteriores métodos y problemas a los que intentan dar respuesta. El análisis científico no es sólo un proceso lógicamente consistente que parte con algunas nociones primitivas y va aumentando el acervo previo de modo rectilíneo. No es el liso descubrimiento progresivo de una realidad objetiva, como pudo serlo, por ejemplo, la exploración de la cuenca del Congo. El análisis científico es más bien una pugna constante con producciones nuestras y de nuestros predecesores, y sólo «progresa», si es que lo hace, en zigzag, no según los dictados de la lógica, sino bajo el imperio de nuevas ideas, o nuevas necesidades, o nuevas observaciones, e incluso a tenor de las inclinaciones y los temperamentos de nuevos hombres. Por eso cuando un tratado se propone exponer «el estado presente de la ciencia» ofrece en realidad méto-

dos, problemas y resultados que están condicionados históricamente y sólo tienen sentido en relación con el trasfondo histórico del que proceden. Esto mismo se puede decir de un modo un poco diferente: el estado de una ciencia en un momento dado implica su historia pasada y no se puede comunicar satisfactoriamente sin explicitar esa historia. Permítaseme decir en este punto que ese aspecto pedagógico se tendrá presente a lo largo de todo el libro y que guiará la elección del material que se discuta, a veces, incluso, a costa de otros criterios importantes.

Segundo: el espíritu humano es capaz de obtener nueva inspiración del estudio de la historia de la ciencia. Algunas personas presentan esa capacidad más acusadamente que otras, pero pocos serán los que carezcan completamente de ella. Muy insensible tiene que ser un hombre para no experimentar una ampliación de su propio horizonte si se apoya en el trabajo de su época y se vuelve para contemplar las dilatadas montañas del pensamiento pasado. La productividad de esta experiencia se puede ilustrar con el hecho de que las ideas fundamentales que acabaron por dar de sí la teoría de la relatividad (especial) se presentaron por vez primera en un libro dedicado a la historia de la mecánica.[1] Pero, aparte de inspiraciones así, todos podemos recibir lecciones de la historia de la ciencia que cultivamos, las cuales serán siempre útiles, aunque sea, algunas veces, desanimándonos. Son lecciones acerca de la futilidad y la fecundidad de las controversias; de los rodeos, los esfuerzos perdidos, los callejones sin salida; acerca de los momentos de estancamiento, de nuestra dependencia del azar, de cómo no hacer ciertas cosas, de cómo compensar otras relajaciones. Son lecciones que nos hacen comprender por qué estamos ahora tan adelantados y por qué no lo estamos más. Así aprendemos *qué se logra, y cómo y por qué,* cuestión a la que se prestará mucha atención a lo largo de este libro.

Tercero: lo mejor que se puede decir en favor de la historia de una ciencia, o de la ciencia en general, es que nos enseña mucho acerca de los modos de proceder del espíritu humano. Sin duda, el material que presenta afecta sólo a un tipo determinado de actividad intelectual. Pero dentro de este campo su evidencia es casi idealmente completa. La historia de la ciencia despliega la lógica en el campo de lo concreto, en la acción, conjugada con visión y finalidad. Todo campo de la acción humana despliega al espíritu humano en obra, pero en ningún otro nos acercamos tanto a los efectivos métodos de trabajo, porque en ningún otro terreno de la actividad humana se han preocupado tanto los hombres de registrar sus procesos mentales. Sin duda, no todos los hombres han procedido del mismo modo. Algunos, como Huygens, fueron muy abiertos; otros reticentes, como Newton. Pero hasta el científico más reticente está obligado a revelar su proceso intelectual, porque el proceso científico se automanifiesta por naturaleza, a diferencia del político. Por esta razón, sobre todo, se ha reconocido muchas veces, desde Whewell y J. S. Mill hasta Wundt y

1. Ernst Mach, *Die Mechanik in ihrer Entwicklung: historisch-kritisch dargestellt* (1.ª ed. 1883; véase el apéndice de J. Petzoldt a la 8.ª ed.); hay una traducción inglesa de T. J. McCormack, con los añadidos y las correcciones hasta la 9.ª ed. alemana (1942).

Dewey, que la ciencia general de la ciencia, la *Wissenschaftslehre* de los alemanes, no es sólo lógica aplicada, sino también un laboratorio de lógica pura. O sea: los hábitos científicos, las reglas del procedimiento científico, no son mero objeto del juicio mediante criterios lógicos preexistentes a ellos, sino que también aportan algo a la constitución de esos criterios lógicos mismos, reaccionando sobre ellos. Acentuemos este punto mediante el útil expediente de la exageración: es posible abstraer de la observación y la formulación del proceder científico una especie de lógica pragmática o descriptiva; y esa observación *implica* el estudio de la historia de las ciencias, o se funde con él.

Cuarto: es razonable pensar que los anteriores argumentos, sobre todo los presentados en los puntos primero y segundo, se aplican con mayor fuerza al caso especial de la economía. Tengamos en cuenta las implicaciones del hecho obvio de que el tema mismo de la economía es un proceso histórico continuado (v. secc. 3 *infra*), de modo que la economía de épocas diferentes trata en gran medida conjuntos diferentes de hechos y problemas. Ya este hecho bastaría para dar mayor interés a la historia de las doctrinas. Pero pasémoslo por alto en este lugar, con objeto de no repetir ideas y de acentuar otro hecho. Como veremos, la economía científica no carece de continuidad histórica. Nuestra finalidad principal es, en efecto, describir lo que se podría llamar proceso de filiación de las ideas científicas, el proceso por el cual los esfuerzos humanos por entender los fenómenos económicos producen, perfeccionan y derriban indefinidamente estructuras analíticas. Una de las tesis principales que ha de establecer este libro dice que ese proceso no difiere *fundamentalmente* en nada de los procesos análogos que se desarrollan en otros campos del conocimiento. Lo que ocurre es que, por razones que también nos proponemos aclarar en este libro, la filiación de las ideas científicas ha tropezado con más obstáculos en nuestro campo que en la mayoría de los demás. Pocas personas —y menos que otras nosotros mismos, los economistas— están dispuestas a felicitarnos por nuestros logros intelectuales. Además, nuestros resultados son, y han sido siempre, no sólo modestos, sino también desorganizados. Han dominado y siguen dominando, junto con otros, métodos de invención factual y de análisis que algunos economistas consideramos, como también se consideraron ya antes, inferiores a los criterios de exigencia debidos, o incluso falsos en principio. Aunque, como lo intentaré mostrar, es posible indicar en cada época una opinión profesional establecida acerca *de los temas científicos*, y aunque esa opinión ha superado a menudo la prueba de mantenerse por encima de grandes diferencias de opinión política, sin embargo, no nos es posible hablar de ella con tanta confianza como puede hacerlo un físico o un matemático. Por lo tanto, no podemos reconocernos unos a otros la posibilidad de resumir «el estado de la ciencia» de modos igualmente satisfactorios. O, al menos, nosotros no lo haremos así. Pero el remedio obvio que aplicar a los defectos de las obras generales es el estudio de la historia de las doctrinas; en economía es mucho más verdad que en física, por ejemplo, que los problemas, los métodos y los resultados modernos no se pueden entender del todo sin algún conocimiento de cómo han llegado los economistas a razonar como

lo hacen. También en mucho mayor proporción que en la física se han perdido en economía resultados por el camino, o bien se han ignorado durante siglos. Encontraremos casos casi sorprendentes. Así pues, las sugestiones estimulantes y las lecciones útiles, aunque turbadoras, de la historia de su ciencia pueden ser mucho más abundantes para el economista que para el físico, el cual puede en general fiarse de que no se ha perdido de la obra de sus predecesores casi nada que valiera la pena conservar.

Entonces, ¿por qué no empezamos en seguida con la historia de otra conquista intelectual?

3. Pero ¿es la Economía una ciencia?

La respuesta a la pregunta del rótulo depende, como es natural, de lo que entendamos por 'ciencia'. En el hablar cotidiano y en la jerga de la vida académica —sobre todo en países de lengua francesa e inglesa— el término se usa a menudo denotando la física matemática. Esto excluye, como es evidente, todas las ciencias sociales y por lo tanto también la economía. Tampoco resulta ser una ciencia el conjunto de la economía si consideramos característica definitoria (*definiens*) de la ciencia el uso de métodos análogos a los de la física matemática. En este caso sólo una reducida parte de la economía es «científica». Si definimos la ciencia de acuerdo con el eslogan «ciencia es medición», hallaremos que la economía es científica en algunas de sus partes y no en otras. Ésta no es una cuestión que deba suscitar susceptibilidades a propósito del «rango» o la «dignidad» de un conocimiento: llamar ciencia a un campo del conocimiento no debería implicar ni elogio ni denigración.

Para nuestros fines se impone una definición muy amplia, a saber: es ciencia cualquier tipo de conocimiento que haya sido objeto de esfuerzos conscientes para perfeccionarlo.[2] Esos esfuerzos producen hábitos mentales —métodos o «técnicas»— y un dominio de los hechos descubiertos por esas técnicas; dicho dominio rebasa el accesible con los hábitos intelectuales y el conocimiento fáctico de la vida cotidiana. Por eso podemos también adoptar la definición siguiente, que equivale a la propuesta: es ciencia cualquier campo de conocimiento que haya desarrollado técnicas especiales para el hallazgo de hechos y para la interpretación o la inferencia (análisis). Por último, si deseamos subrayar los aspectos sociológicos, podemos proponer una definición más, que también equivale en la práctica a las dos anteriores: es ciencia cualquier campo de conocimiento en el que haya personas, llamadas investigadores, o científicos, o estudiosos, que se dedican a la tarea de mejorar el acervo de hechos y métodos existente y que, en el curso de ese proceso, consiguen un dominio de

2. Reservaremos el término 'ciencia exacta' para la segunda de las definiciones de la palabra 'ciencia' antes enumeradas, o sea, para las ciencias que usan métodos más o menos semejantes en su estructura lógica a los de la física matemática. El término 'ciencia pura' se usará en contraposición a 'ciencia aplicada'. (En francés es frecuente ese mismo uso, como, por ejemplo, en *mécanique* o *économie pure*; pero también es corriente el uso *mécanique o économie rationnelle*; el equivalente italiano es *meccanica* o *economia pura*; el alemán, *reine Mechanik* o *reine Ökonomie*.)

los unos y los otros que los diferencia del «lego» y al final del mero «práctico» de ese mismo conocimiento. Sin duda se podrían encontrar muchas otras definiciones no menos satisfactorias. He aquí dos más, sin necesidad de ulterior comentario: 1) ciencia es sentido común refinado; 2) ciencia es conocimiento instrumentado.

Como la economía utiliza técnicas que no son de uso común por parte del público general y como hay economistas que cultivan esas técnicas, la economía es obviamente una ciencia en el sentido de nuestra definición. Por lo tanto, podría esperarse que escribir una historia de las técnicas dichas fuera una tarea llana que no suscitara ni dudas ni preocupaciones. Pero, desgraciadamente, la situación no es ésa. Nuestro camino no nos ha sacado todavía del bosque, o, por mejor decir, ni siquiera nos ha llevado a él. Hay todavía obstáculos que eliminar antes de que podamos sentirnos seguros del suelo que pisamos; el más grave de todos ellos se titula ideología. Su eliminación se intentará en los siguientes capítulos de esta parte. Por el momento presentaremos unos cuantos comentarios a nuestra definición de 'ciencia'.

Ante todo hemos de enfrentarnos con lo que el lector considerará probablemente objeción insuperable. Si la ciencia es conocimiento instrumentado, es decir, si se define la ciencia por el criterio del uso de técnicas especiales, entonces parece inevitable incluir bajo el concepto la magia, por ejemplo, practicada por una tribu primitiva, siempre que ésta use técnicas no accesibles a todo el mundo, sino desarrolladas y manipuladas dentro de un círculo de magos profesionales. Y *desde luego* que tendríamos que incluirla en principio bajo el alcance de nuestra definición. Pues la magia y otras prácticas que en sus aspectos decisivos no se diferencian de la magia desembocan a veces gradualmente en lo que el hombre moderno reconoce como procedimiento científico: la astrología ha sido hermana de la astronomía hasta comienzos del siglo XVII. Pero hay otra razón todavía más constrictiva. La exclusión de cualquier tipo de conocimiento instrumentado equivaldría a declarar que nuestros propios criterios instrumentales son absolutamente válidos para todos los tiempos y lugares. Y no podemos hacerlo.[3] En la práctica no tenemos elección, y hemos de interpretar y estimar todo elemento de conocimiento instrumentado, igual pasado que presente, a la luz de nuestros criterios, pues no tenemos otros. Éstos son

3. La mejor manera de convencernos de esta imposibilidad consiste en observar que nuestras reglas de procedimiento están sometidas —y probablemente lo estarán siempre— a discusión, y se encuentran en estado fluido. Considérese, por ejemplo, el caso siguiente. Nadie ha demostrado hasta ahora que todo número par se pueda formular como suma de dos números primos, aunque hasta el momento no se ha descubierto ninguno que no se pueda descomponer así. Supongamos que un día esa proposición conduzca a una contradicción con otra que estemos dispuestos a aceptar. ¿Se seguiría de ello que *existe* un número par que no es la suma de dos primos? Los matemáticos «clásicos» contestarían que sí, los «intuicionistas» (como Kronecker o Brouwer) contestarían que no; o sea: los primeros admiten, y los últimos niegan, la validez de lo que se llama *teoremas de existencia indirectamente demostrados*, los cuales se utilizan abundantemente en muchos campos, como, por ejemplo, en economía pura. Evidentemente, ya la mera posibilidad de una tal diferencia de opinión acerca de lo que constituye una demostración válida basta para mostrar, entre otras cosas, que nuestras reglas no se pueden aceptar como la última palabra acerca del procedimiento científico.

resultado de un desarrollo de más de seis siglos[4] durante los cuales el reino de los procedimientos científicamente admisibles o de las técnicas correctas se ha restringido más o menos, en el sentido de que se han descartado y declarado inadmisibles cada vez más procedimientos y técnicas. Cuando hablamos de ciencia «moderna», o «empírica» o «positiva» estamos pensando en este reino críticamente reducido de procedimientos.[5] Sus reglas de procedimiento difieren en los varios departamentos de la ciencia y, como hemos visto antes, no están nunca fuera de duda. Pero en general se pueden describir por medio de dos características destacadas: reducen los hechos que se nos proponen *con fundamento científico* a la categoría, más reducida, de los «hechos verificables por observación o experimento»; y reducen el ámbito de los métodos admisibles a la «inferencia lógica a partir de hechos verificables». A partir de ahora nos situaremos en este punto de vista de la ciencia empírica, al menos en la medida en que sus principios se reconocen en economía. Pero al hacerlo hemos de tener presente que aunque vamos a interpretar las doctrinas desde este punto de vista, no pretenderemos que se trate de una perspectiva «absolutamente» válida; y aunque razonando desde ese punto de vista declararemos que tales o cuales proposiciones o métodos no son válidos —siempre, desde luego, por referencia a las condiciones históricas en las cuales se formularon—, sin embargo, no por eso los excluiremos del reino del pensamiento científico en nuestro sentido inicial (y amplio) de esa palabra; por decirlo de otro modo: no les negaremos carácter científico,[6] el cual se ha de estimar, si es que hay que estimarlo de algún modo, según los criterios «profesionales» de cada época y cada lugar.

4. Esta apreciación cronológica se refiere a la civilización occidental sólo, y no tiene, además, en cuenta los desarrollos griegos sino en la medida en que se han integrado en el pensamiento científico de la Europa occidental desde el siglo XIII, o sea, sólo los considera como herencia, no en sí mismos. Escogemos como piedra miliar la *Summa Theologica* de santo Tomás de Aquino, que excluye la revelación de entre las *philosophicae disciplinae*, es decir, del conjunto de todas las ciencias excepto la teología sobrenatural (*sacra doctrina*; la teología natural es, en cambio, una de las *philosophicae disciplinae*). Éste fue el paso primero y más importante dado por la crítica metodológica en Europa desde el hundimiento del mundo grecorromano. Se mostrará más adelante el modo como santo Tomás combinó la exclusión de la revelación del conjunto de las ciencias excepto la *sacra doctrina* con la evitación también del recurso a la autoridad en ciencia como método *científico* admisible.

5. La palabra 'positiva' usada en este contexto no tiene nada que ver con el positivismo filosófico. Ésta es la primera de varias advertencias que se habrán de formular en este libro para evitar los peligros de confusión que surgen del uso de una misma palabra para cosas del todo diferentes por parte de autores que empiezan a veces por confundir ellos mismos las cosas. La cuestión es importante y mencionaré por lo tanto otros ejemplos de portadores de riesgos análogos: 'racionalismo', 'racionalización', 'relativismo', 'empirismo'.

6. Todo esto es muy inadecuado y no da razón, desde luego, de los profundos problemas superficialmente aludidos. Pero como es todo lo que se puede decir al respecto en el espacio disponible para estas cuestiones, me limitaré a añadir que la interpretación dada en el texto ha de leerse sin ver en absoluto en ella *a*) una pretensión de omnisciencia profesional; *b*) un deseo de nivelar los contenidos culturales del pensamiento del pasado con el rasero de los presentes criterios; *c*) la intención, sobre todo, de estimar algo que no sea una técnica de análisis. A medida que avancemos se irán aclarando algunas cuestiones relacionadas con ésta.

En segundo lugar: nuestra definición («conocimiento instrumentado») sugiere la razón por la cual es generalmente imposible fechar —ni siquiera por décadas— los orígenes de una ciencia —por no hablar ya de su «fundación»—, en cuanto ese comienzo se diferencia del de un método determinado o de la fundación de una «escuela». Del mismo modo que se desarrollan por crecimiento paulatino cuando ya existen, así también nacen las ciencias por crecimiento lento y, bajo la influencia de condiciones ambientales y personales favorables o inhibitorias, se van diferenciando de su trasfondo de sentido común, y a veces también de otras ciencias. La investigación del pasado clarifica esas condiciones, y así puede reducir, como de hecho reduce, la extensión de la época respecto de la cual tanta justificación tiene afirmar la existencia de un cuerpo de conocimiento científico como negarla. Pero no hay masa de investigación que pueda eliminar completamente la zona de duda abierta por la ecuación personal del historiador. En el terreno de la economía, por ejemplo, sólo la tendenciosidad o la ignorancia pueden explicar afirmaciones como la de que A. Smith, o F. Quesnay, o sir William Petty o cualquier otro autor ha «fundado» esta ciencia, o la tesis de que el historiador ha de empezar su exposición de la historia de la ciencia económica estudiando a cualquiera de ellos. Hay que admitir, sin embargo, que la economía constituye desde el punto de vista de esta cuestión un terreno particularmente difícil, porque en él el conocimiento de sentido común llega mucho más lejos (relativamente al conocimiento científico económico que hemos conseguido hasta ahora) que en casi todos los demás campos científicos. El saber común de que cosechas abundantes van acompañadas por precios bajos de los alimentos, o de que la división del trabajo aumenta la eficacia del proceso productivo, son obviamente conocimientos precientíficos, y sería absurdo subrayar afirmaciones de ese tipo en viejos libros como si se tratara de descubrimientos. El aparato básico de la teoría de la demanda y la oferta es científico. Pero el logro científico es tan modesto en economía y el sentido común y el conocimiento científico son en este caso tan próximos vecinos desde el punto de vista lógico, que toda afirmación acerca del preciso punto en el cual el primero se ha convertido en el segundo tiene que ser por necesidad arbitraria. Y aprovecho esta oportunidad para llamar la atención acerca de un problema emparentado con ése.

Definir la ciencia diciendo que es conocimiento instrumentado y relacionarla con grupos determinados de hombres es casi lo mismo que acentuar la importancia evidente de la especialización, de la cual las ciencias particulares son un resultado relativamente tardío.[7] Pero ese pro-

7. Permítaseme añadir ya que dentro de estos grupos de colegas y colaboradores se desarrollará sin duda un lenguaje especializado, cada vez más incomprensible para el público lego. Este expediente del lenguaje especializado, que sirve para ganar tiempo, se podría utilizar también como criterio para reconocer la presencia de una ciencia si no fuera por el hecho de que a menudo el lenguaje especializado no cristaliza hasta mucho después de que una ciencia en nuestro sentido ha logrado ya una dimensión respetable: sólo entonces se hace insoportable la incomodidad del uso de los conceptos de la vida cotidiana, los cuales no sirven eficazmente los fines del análisis. Particularmente los economistas, con gran perjuicio de su trabajo científico, han dado una gran importancia a su

ceso de especialización no ha discurrido nunca de acuerdo con un plan racional —preconcebido explícitamente o sólo presente de modo objetivo—, de tal modo que la ciencia en su conjunto no ha conseguido nunca una arquitectura lógica consistente, y es una selva tropical, no un edificio levantado según planos. Individuos y grupos han seguido a maestros, han explotado métodos establecidos o se han dejado arrastrar campo a través (por así decirlo) por sus problemas, según se dijo ya en la sección 2. Una de las consecuencias de esos hechos es que las fronteras de las ciencias particulares o de la mayoría de ellas se desplazan constantemente, de modo que no tiene mayor interés el intentar definirlas *por el tema ni por el método.* Esto se aplica particularmente a la economía, que no es una ciencia en el sentido en que lo es la acústica, sino más bien una acumulación de campos de investigación mal coordinados y en solapamiento, en el mismo sentido en que es eso la «medicina». Por eso, aunque vamos a discutir las definiciones dadas por otras personas —sobre todo con la intención de asombrarnos de lo inadecuadas que son—, no adoptaremos nosotros mismos ninguna. Lo más parecido a una definición será la enumeración de los terrenos hoy día reconocidos en la práctica didáctica. Esa enumeración se da más adelante. Pero tampoco esa definición epideíctica[8] se ha de entender como completa. Siempre hay que dejar abierta la posibilidad de que en el futuro se añadan o se retiren temas de cualquier lista que se estableciera hoy como completa.

Tercero: nuestra definición no implica nada acerca de los motivos que impulsan a los hombres a perfeccionar el conocimiento existente en cualquier campo. En otro contexto atenderemos de nuevo a esta cuestión. Por el momento nos limitaremos a observar que el carácter científico de una muestra dada de análisis es independiente del motivo por el cual se haya emprendido y realizado. Por ejemplo; la investigación bacteriológica es una investigación científica, y no tiene la menor importancia diferenciadora respecto de sus procedimientos el que el investigador la emprenda para servir a una finalidad médica o con otro objetivo cualquiera. Análogamente, si un economista estudia las prácticas de la especulación mediante métodos que satisfagan los criterios científicos de su tiempo y de su ambiente, sus resultados formarán parte del acervo del conocimiento, con independencia de que el economista deseara aprovechar esos métodos para recomendar una legislación restrictiva, o para defender la especulación contra una legislación tal, o simplemente para satisfacer su curiosidad intelectual. A menos que se permita deformar los hechos o sus razonamientos, no tiene sentido que rechacemos sus resultados o que les neguemos carácter científico sobre la base de que no aprobamos su finalidad. Por lo tanto, todo argumento de carácter científico producido por

---

fácil comprensibilidad por el público en general, y este público sigue considerando con demasiada antipatía todo intento de instaurar una práctica más razonable.

8. Definición epideíctica es la definición de un concepto, como el de «elefante» señalando un ejemplar de la clase denotada por el concepto.*

* Hoy es frecuente llamar a estas pseudo-definiciones, con una raíz latina en vez de griega, 'definiciones ostensivas'. *(N. del T.)*

«abogados» de tal o cual causa, estén o no pagados por ello, son tan buenos o tan malos como los de los «filósofos desinteresados», si es que esta especie existe en realidad. Nótese que de vez en cuando puede ser interesante preguntarse por qué dice un hombre lo que dice; pero que, cualquiera que sea la respuesta a esa pregunta, no nos dirá nada acerca de si lo que dice el hombre es verdadero o falso. No confiaremos en el barato expediente de la lucha política —demasiado frecuente también, por desgracia, entre los economistas— que consiste en discutir una proposición por el procedimiento de atacar o ensalzar los motivos del hombre que la sostiene, o el interés por el cual o contra el cual parece hablar la proposición.